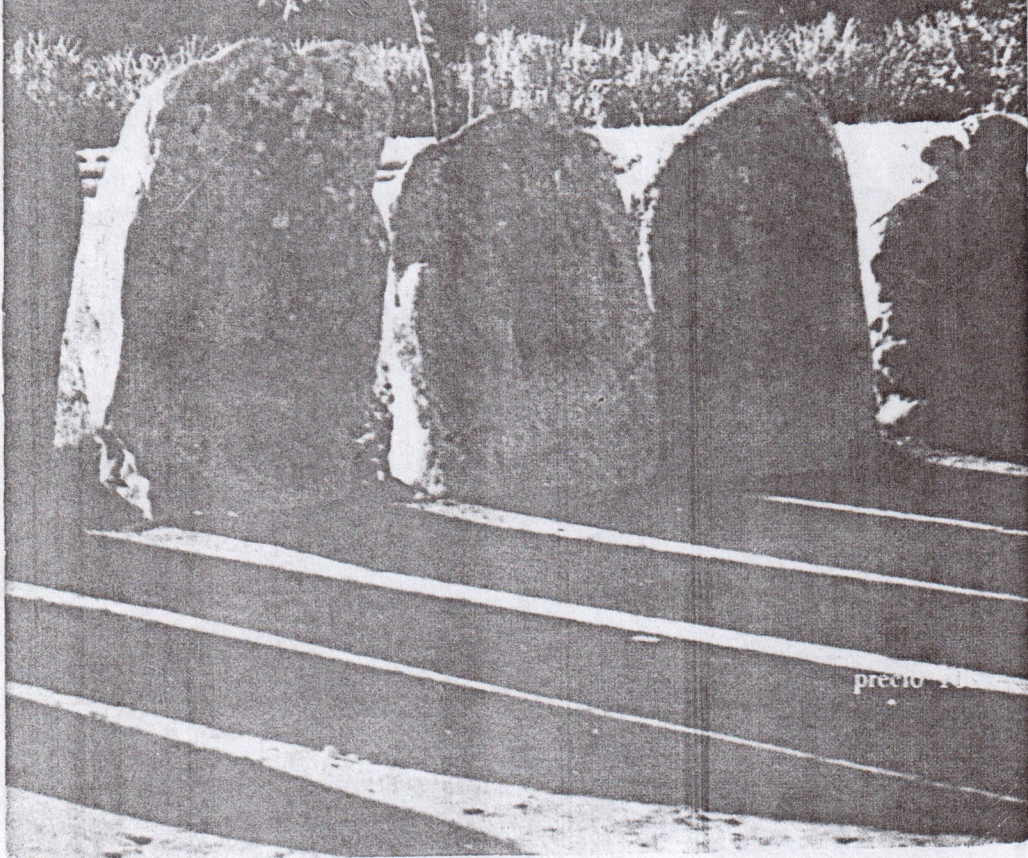




el centro ceremonial indígena de Utuado

por Ricardo E. Alegría



precio 10



Las plazas de Caguana vistas desde el aire.

PARA LA FECHA DE SU DESCUBRIMIENTO por Cristóbal Colón en 1493, la isla de Puerto Rico estaba poblada por indios taínos, pertenecientes a la tradición cultural aruaica. Los taínos procedían de las regiones del Orinoco, en la América del Sur, y habían llegado a la isla que ellos llamaban Boriquén, navegando en sus canoas de isla en isla, a través del archipiélago que forman las Antillas Menores.

Los indios que habitaban la isla con anterioridad a la llegada de los taínos, fueron conquistados por éstos. Hacia el año 1200 estaba en pleno apogeo la cultura de los taínos, basada en la agricultura, cuya cosecha principal era la yuca, con la cual fabricaban su pan: el casabe. También cultivaban el maíz, la yautía, la batata, los lerenes y otras plantas como el tabaco, elemento importante en sus ceremonias mágico-religiosas, y el algodón, con el que tejían las *naguas* que usaban las mujeres como vestimenta y otros adornos de tela.

Otras ocupaciones de nuestros indios eran la pesca, de la que derivaban gran parte de su alimento, y la fabricación de utensilios de barro para usos domésticos. También tallaban la piedra y la madera. Sus principales armas eran el arco y la flecha y la macana, que hacían de madera. En las arenas de los ríos recogían oro, que utilizaban para hacer adornos y amuletos.

La organización social, política y religiosa de los indios taínos giraba en torno del jefe superior, llamado cacique. Creían en la existencia de un dios supremo y de

espíritus tutelares llamados *cemíes*, a quienes representaban en figuras hechas de piedra, madera, concha, barro, hueso, algodón, oro.

El juego de pelota constituía uno de los elementos más interesantes de la cultura taína, pues además de su carácter deportivo tenía un alto significado ceremonial.¹ Se jugaba en una plaza ubicada por lo general en el centro del poblado.

Las primeras noticias históricas sobre estas plazas las suministran los escritores que vivieron en La Española y Puerto Rico cuando la cultura de los indios taínos aun no había desaparecido. Según estos cronistas, cada pueblo indígena contaba con una o más plazas. El Padre Bartolomé de las Casas describe así una de ellas:

“...tenían una plaza, comunmente ante la puerta de la casa del señor, muy barrida, tres veces más larga que ancha, cercada de unos lomillos de un palmo o dos de ancho...”²

Tanto a la plaza como al juego que se jugaba en ella se les llamaba en el idioma indígena *batey*. Este término se sigue usando hoy por los campesinos antillanos para designar las plazuelas que tienen frente a sus casas. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, quien convivió con los indios, refiriéndose a las pelotas usadas en el juego, nos dice:

“Estas pelotas son de unas raíces de árboles e de hiervas e zumos e mezcla de cosas que toda junta esta mixtura parece algo cerapez negra. Juntas estas y otras maderas, cutécno todo e hacen una pasta; e redondanla e hacen la pelota, tamaño como una de las de viento en España, e mayores e menores; la cual mixtura hace una pez negra, e no pega a las manos; e después que está enjuta tórnase algo espongosa, no porque tenga agujero ni vacuo alguno, como la esponga, pero alijeresese; y es como foía y algo pesada.”³

Esta descripción de Oviedo sobre la pelota usada en el juego, nos lleva a creer que estas eran de caucho o al-

guna resina de propiedades similares. Vemos pues, en esta descripción, la primera alusión histórica al caucho y su uso por los aborígenes antillanos.

El juego de pelota se jugaba entre dos equipos o bandos, cada uno de los cuales tenía de diez a treinta jugadores. Generalmente los equipos estaban exclusivamente integrados por hombres. En algunas ocasiones, las mujeres también participaban en el juego. Oviedo hace notar cierta semejanza entre el juego de pelota antillano y el juego de balompíe que él había visto jugar en Italia. El Padre Las Casas nos describe así el juego:

“Echaba uno de los de un puesto la pelota a los otros del otro y rebatíala el que se hallaba mas a mano, si la pelota venía por alto con el hombro, que la hacía volver como un rayo, y cuando venía junto al suelo, de presto, poniendo la mano derecha en tierra, dábale con la punta de la nalga, que volvía más que de paso; los del puesto contrario, de la misma manera la toraban con las nalgas, hasta que, según las reglas de aquel juego, el uno o el otro puesto cometían falta.”⁴

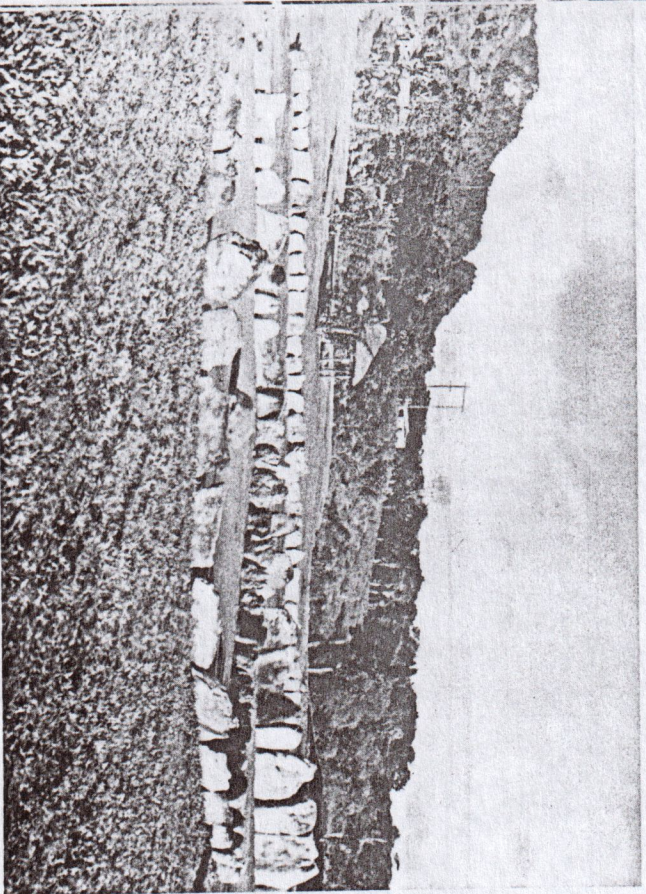
Las faltas o errores en el juego consistían en dejar inactiva la pelota en el piso, o lanzarla fuera de los límites de la plaza. A la pelota solamente se le podía dar con el hombro, el codo, la cabeza, las caderas, o las rodillas pero nunca con las manos. Oviedo claramente nos explica por qué a la pelota no se podía dar con la mano, diciéndonos:

“Estas pelotas saltan mucho... mas como son macizas son algo pesadas; e si le dicesen con la mano abierta, con el puño cerrado, en pocos golpes abrirían la mano o la desconcertarían.”⁵

El Padre Las Casas, especifica que cuando las mujeres jugaban entre ellas, no hacían uso de las caderas ni de los hombros, sino que rebatían la pelota con las rodillas. Las fuentes históricas nos hacen ver que este juego tuvo gran transcendencia entre los aborígenes antillanos y servía de vínculo social entre las diferentes comunidades

indígenas. Se celebraban partidos entre equipos de diferentes poblados en los cuales se hacían apuestas y los caciques ofrecían premios.

En la historia de la conquista de Puerto Rico hay un incidente muy interesante relacionado con el juego de pelota. Refieren los cronistas que en los comienzos de la rebelión indígena, el cacique Aymanón apresó un joven español y lo ofreció como premio o trofeo al ganador de un partido de pelota. De no ser por la pronta intervención del capitán español Diego de Salazar, la vida del joven hubiese sido el premio del ganador. Ovido también nos dice que la muerte de don Cristóbal de Sotomayor fue decidida por un juego de pelota.



Estas piedras indican los límites de las plazas.

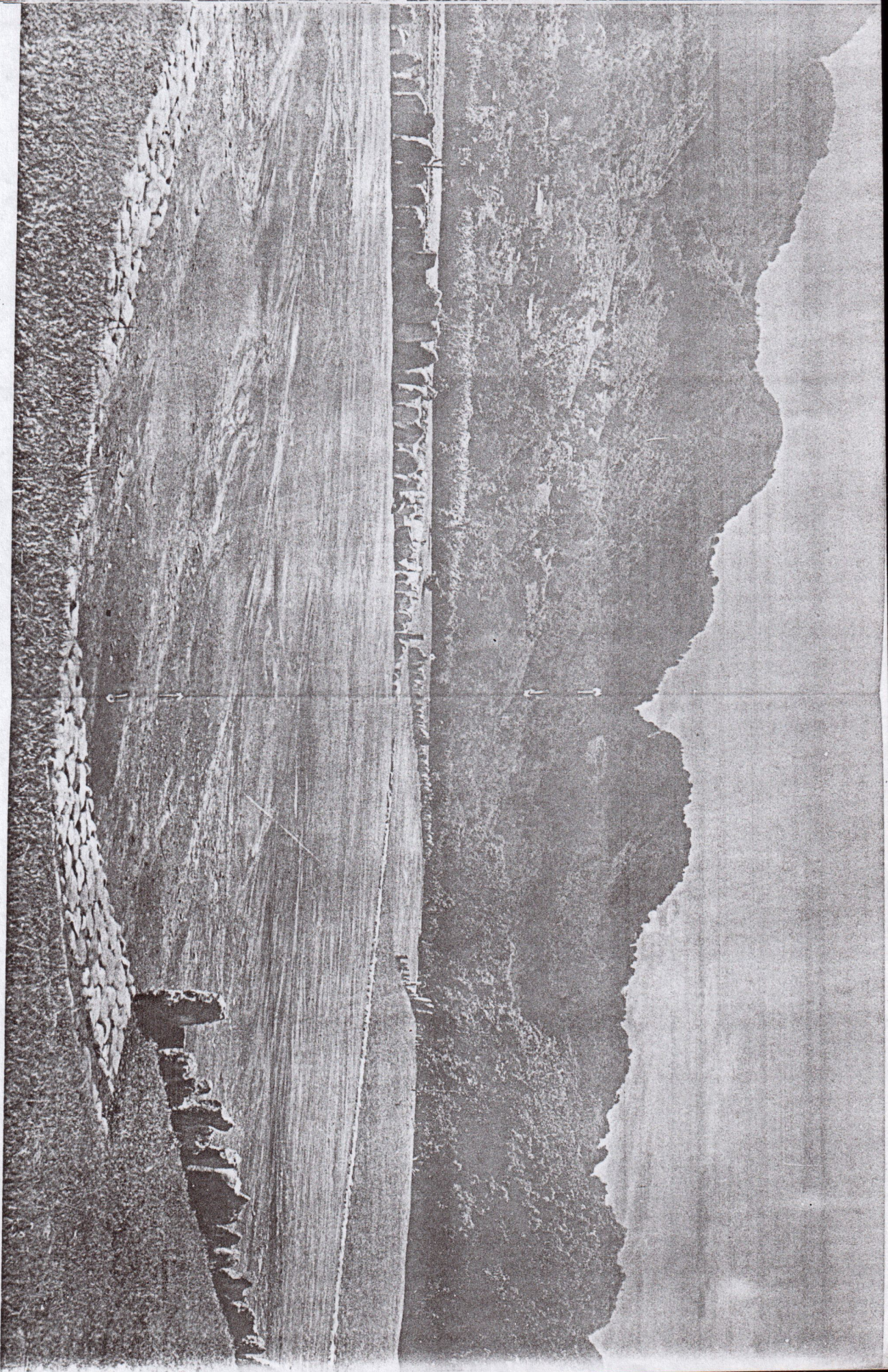
Estas alusiones al juego, así como los hallazgos arqueológicos asociados con las plazas donde se practicaba éste, nos hacen creer que el juego, más que una diversión, tenía una función ceremonial y religiosa. Esta función del juego, unida a otras de las características antes mencionadas, parece indicar cierta relación con el juego *tlachtli* mexicano y el *po-kt-ta-pok* de los mayas. Creemos que el batey antillano es una versión simplificada y adaptada al nivel cultural de los taínos, del *po-kt-ta-pok* maya. Posiblemente, la difusión del juego, junto a la de otros elementos mayas, llegaran a las Antillas, no directamente, sino a través de Suramérica.

CON LA DESINTEGRACIÓN de la cultura aborigen antillana, el juego de pelota dejó de practicarse. En Puerto Rico, hoy día, solo queda un vago recuerdo en la tradición oral de los campesinos del centro de la isla, quienes aun reconocen los restos de las plazas donde se practicaba el juego y las llaman "juegos o corrales de indios".

En Puerto Rico las plazas aparecen localizadas exclusivamente en la región del centro de la isla. En la costa no hemos podido hallar evidencia alguna de la existencia de plazas de juego. Esta ausencia de plazas en el litoral presenta un problema muy complejo, pues sabemos que los poblados indígenas de mayor importancia durante la época histórica estaban en la costa.

Esta situación puede ser en parte explicada a base de que la agricultura en la costa ha sido tan intensa, con el cultivo de la caña de azúcar, que es posible que haya destruido toda huella de las sencillas plazas de juego, mientras que en el interior de la isla, la agricultura, por la naturaleza del terreno, ha sido menos intensa.

En Puerto Rico las plazas localizadas aparecen disminuidas principalmente entre las poblaciones de Utuado, Lares, Adjuntas, Hatillo, Barranquitas, Orcovis y Jayuya. Todas estas poblaciones están localizadas en la región mon-



La gran plaza principal de Caguana.

tañosa del centro. Las plazas generalmente aparecen en pequeños valles montañosos cerca de los ríos. En esta área hemos descubierto y estudiado más de treinta plazas ceremoniales, la mayor parte de ellas en la jurisdicción de Utuado.

De todas las plazas estudiadas las más importantes se encuentran en el barrio Caguana de Utuado. Este lugar parece haber sido el más importante centro ceremonial de la cultura taína en el área antillana. En Caguana, además de una gran plaza central, existieron otras diez plazas rectangulares menores, de diversas dimensiones, y una plaza circular. La importancia arqueológica de este lugar fue señalada hace ya más de cuarenta años por el arqueólogo norteamericano J. Alden Mason,⁶ quien excavó parcialmente el sitio y lo estudió detenidamente.

En el año 1949 cuando dirigíamos el Centro de Investigaciones Arqueológicas de la Universidad de Puerto Rico, excavamos casi toda el área, especialmente la plaza central y sus alrededores. Esta plaza principal de forma rectangular mide 160 pies de largo por 120 de ancho. Sus lados más largos corren de norte a sur y están limitados por grandes bloques o menhires de piedra. Algunos de estos monolitos de granito tienen más de 6 pies de altura y su peso debe ser mayor de una tonelada. Es realmente sorprendente la forma en que estos grandes monolitos han sido enterrados verticalmente hasta formar una cerca de más de 100 pies de largo.

Considerando el peso de los monolitos y el hecho de que han tenido que ser traídos desde el cauce de un río que está a varios cientos de metros de la plaza, podemos comprender el valor y la importancia de esta obra de ingeniería primitiva. Las dos hileras de monolitos están unidas entre sí, para formar un rectángulo, por caminos de pequeñas piedras que han sido ordenadamente colocadas.

Durante el curso de las excavaciones encontramos gran número de fragmentos de utensilios de piedra y restos de

vasijas de barro cocido. Mezclados con otros restos de la cultura material de los indios aparecieron también fragmentos de collares y de ídolos de piedra.

En varios puntos de los alrededores de la plaza hallamos, además, enterrados en el subsuelo, los postes de madera de ortegón que habían sostenido las casas y templos que hubo en el lugar. En el curso de las excavaciones también se descubrió varios enterramientos.

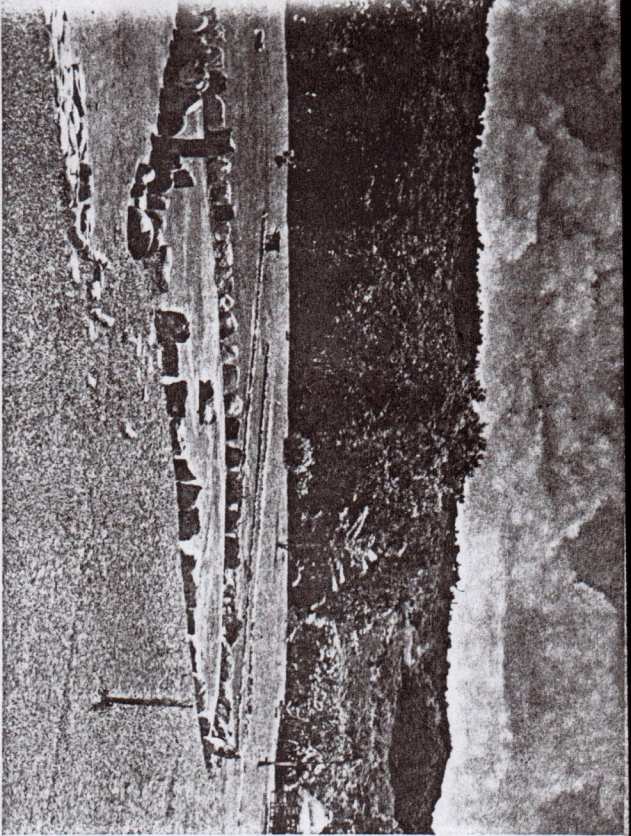
Debido a que los terrenos excavados formaban parte de una finca privada, terminados los estudios volvimos a cubrir los hallazgos, para que se conservaran hasta tanto el Estado pudiera adquirirlos y restaurarlos. Esto se logró a partir del año de 1956, cuando, desde la dirección del Instituto de Cultura Puertorriqueña, solicitamos de la Asamblea Legislativa los fondos necesarios para adquirir los terrenos, excavarlos sistemáticamente, restaurar sus monumentos y convertir el lugar en un parque público.

Durante varios años el Instituto de Cultura ha venido trabajando en la excavación sistemática de toda el área y en la restauración de las plazas. En esa labor hemos tenido la colaboración de Héctor Moya y Walter Murray Chiesa.

Al levantar algunos de los grandes monolitos que rodean la plaza principal, que se habían caído, para volver a colocarlos en su posición vertical, se descubrió que tenían grabadas figuras mitológicas en las caras que miraban hacia la plaza.

La restauración se completó mediante la colocación de piedras para reemplazar las que faltaban en las hileras de monolitos y en el empedrado de los caminos. En todos los casos en que había duda sobre la forma en que las piedras estuvieron colocadas originalmente, se dejaron las mismas en la posición en que se encontraron.

La antigüedad del centro ceremonial indígena de Caguana parece remontarse al año 1200 de nuestra era, según se desprende del análisis radioactivo de una muestra de carbón obtenida en el lugar.



Algunos monolitos son más altos que un hombre.

El estudio de los datos y material obtenidos durante las investigaciones aun no ha sido terminado; sin embargo, creemos poder adelantar algunas observaciones generales sobre la importancia y significación de las plazas de juego en la arqueología antillana.

Creemos haber encontrado suficiente evidencia para poder establecer una asociación entre las plazas y los llamados "collares de piedra," tan característicos de la arqueología puertorriqueña. Hasta ahora los "collares de piedra" han sido un enigma de la arqueología antillana, habiéndose ofrecido varias teorías para explicar su significación o uso. En las excavaciones se hallaron varios fragmentos de "collares" y obtuvimos información de los campesinos de la región de que en las cercanías de las plazas se habían encontrado varios "collares" completos y que éstos habían sido destruidos para ver si tenían algún tesoro en su interior o habían sido vendidos a coleccionistas.

La asociación de plazas encontrada en el barrio Caguana de Utuado parece indicar la existencia de un centro religioso. Es este el único lugar donde hemos hallado un grupo tan importante de plazas de diferentes tamaños y formas. Esta agrupación de plazas en un mismo sitio, revela la existencia de grandes y complejas ceremonias socio-religiosas entre las cuales el juego de pelota parece haber sido una de las más trascendentales.

A pesar de que en los alrededores de las plazas se encontraron trozos de cerámica y algunos utensilios de piedra, estos hallazgos son tan escasos que no parecen indicar la existencia de una población muy numerosa en el lugar, lo que nos hace creer que se trataba de un centro ceremonial en el cual vivían permanentemente pocas personas, pero que en ciertos momentos se reunía allí una gran muchedumbre de poblados vecinos para participar en importantes ceremonias socio-religiosas.

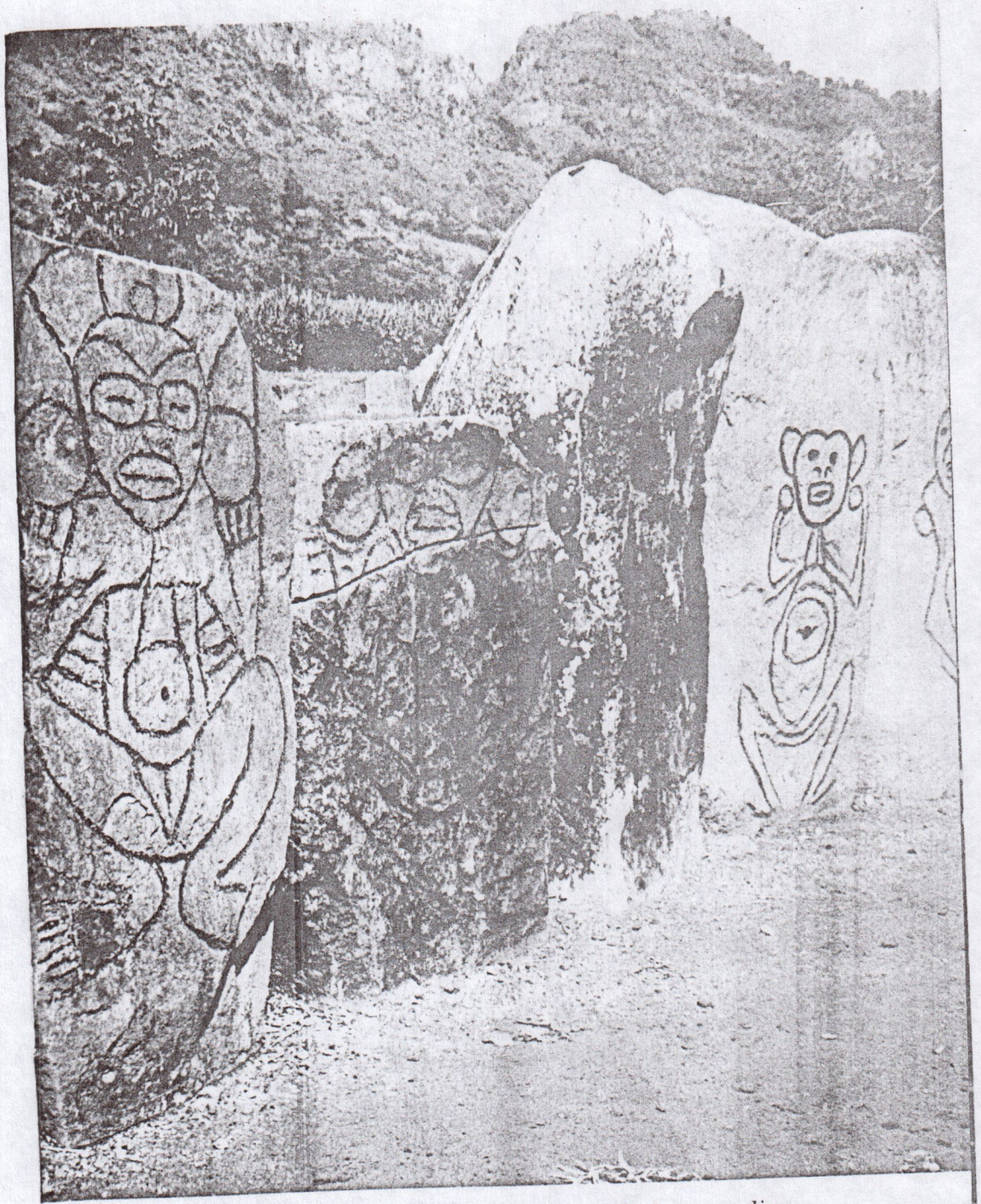
Caminos de piedra unen las hileras de monolitos.



Al restaurar este valioso monumento de nuestra cultura aborigen, el Instituto de Cultura Puertorriqueña, creyendo imprescindible el conservarlo dentro del marco natural de la flora indígena, ha convertido el lugar en un jardín botánico donde nuestro pueblo pueda acudir a conocer y admirar los árboles y las plantas nativos de Puerto Rico, de los que los primitivos habitantes de la isla derivaban sus materiales de construcción y gran parte de sus alimentos. Ceibas, ausubos, capás, tabonucos, palmas reales, cedros, marías y otros árboles característicos de la flora autóctona embellecen el lugar donde antaño se manifestaba, a través del deporte y de las celebraciones religiosas, el alma colectiva de los indios de Puerto Rico.

Notas

- ¹ Ricardo E. Alegría, "El juego de pelota entre los aborígenes antillanos," *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo XII, México, 1951.
- ² Fray Bartolomé de Las Casas, *Apologética historia de las Indias*, ed. M. Serrano y Sanz. Nueva Biblioteca de Autores Españoles, vol. XIII, p. 538. Madrid, 1909.
- ³ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme*, ed. J. Amador de los Ríos; vol. I, cap. 2, libro 6, p. 166. Madrid, 1851-55.
- ⁴ Fray Bartolomé de Las Casas, *ibid.*
- ⁵ Gonzalo Fernández de Oviedo, *ibid.*
- ⁶ J. Alden Mason, "A Large Archeological Site at Capá, Utuado," *New York Academy of Sciences—Scientific Survey of Puerto Rico*, vol. XVIII, New York, 1941.



Petroglifos indios adornan muchos de los monolitos.

Fotografías de Walter Murray Chiesa





CULTURA PUERTORRIQUEÑA